

Lecciones de 'yiddish'

Los cuentos de I. B. Singer (y las novelas; en realidad toda su literatura) se leen como crónicas de un mundo que desapareció ante sus ojos

I. B. Singer (Isaac Bashevis, no confundir con su hermano Israel Yehosua) nació en Polonia, probablemente en 1903, en una familia jasídica abundante en escritores y rabinos. De hecho, antes de dedicarse en serio a la literatura, Isaac se matriculó en un seminario rabínico, si bien parece que más por mandato paterno que por genuina vocación. Pasó la infancia y la primera juventud a caballo entre el barrio judío de Varsovia y pequeñas comunidades rurales en las que, de acuerdo con la más estricta tradición, "se seguía viviendo como en la Edad Media".

Hasta que en 1935, a diferencia de otros familiares que no tuvieron tanta suerte, pudo exiliarse a los Estados Unidos, donde pronto alcanzaría la fama más como escritor de relatos que como novelista. Relatos como los que se recogen en *Un amigo de Kafka* (Nórdica) y que las mejores revistas literarias publicaban traducidos ya que Singer, a pesar de hablar inglés y varios otros idiomas, escribió siempre en *yiddish*. Por reivindicación y también como un modo de aferrarse a sus raíces.



Isaac Bashevis Singer, premio Nobel de Literatura en 1978

Viene todo esto a cuento porque la literatura de Singer se nutre, precisamente, de peripecias muy similares a la suya. De personajes que cumplen con todos los estereotipos asociados a una clase muy concreta de judíos. Asquenzas de la diáspora, muchos de ellos intelectuales pero

no sólo, supervivientes del Holocausto que ahora viven escindidos, divididos entre su acervo cultural y el desarraigo propio del emigrante; entre su religión y lo *goyim*; entre un pasado idealizado y un presente poco prometedor.

Que se reúnen en cafeterías de

Williamsburg para discutir sobre sionismo y hablar de los viejos tiempos con interminable nostalgia. Personajes como el mujeriego doctor Beever, un *meshuge* de manual, o Esther, una atractiva y enigmática *shiksa*, o Jacques Kohn, un antiguo actor de teatro que conoció



a Kafka, o algún que otro *schlemiel* a quien el mundo parece haberse entregado justo cuando renuncia a seguir viviendo.

Singer recrea con maravillosa ternura esa atmósfera de tristeza y pesimismo que los rodea, pero con frecuencia sus historias toman un derrotero irónico. Por eso, a menudo estos pobres desgraciados redondean su patética condición a base de absurdos errores, malos entendidos o, más frecuentemente, líos de faldas.

Miguel Artaza



Evelyn Waugh terminó esta novela mientras se divorciaba

De la noche a la mañana al bueno de Tony Last se le ha abierto el suelo bajo los pies. Y la verdad es que en cualquier otra ocasión su delirante tragedia nos resultaría risible.

Porque Last ejemplifica a la perfección el arquetipo del caballero con ínfulas ampliamente parodiado en la literatura inglesa. Orgulloso hijo de una aristocracia rural venida a menos;

obsesionado con la heráldica y las mansiones centenarias pero escaso de efectivo; incapaz para cualquier tarea mínimamente productiva... Paradigma, en fin, del esnobismo y la holgazanería.

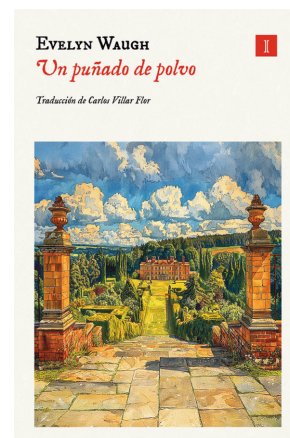
Lo habitual en estos casos, y lo que cabría esperar de una obra considerada por los ingleses cumbre del humorismo nacional, es asistir al fenomenal defenestre de un diletante que podría pasar por primo lejano (y menos ingenioso) de Bertie Wooster. Sin embargo, *Un puñado de polvo*, que acaba de reeditar Impedimenta, es una comedia más bien amarga. Ligera, divertida, pero no exactamente graciosa.

Los expertos en Evelyn Waugh suelen catalogarla como una novela de transición entre una primera etapa desenfadada y festiva, anterior a la segunda Guerra Mundial, y otra más profunda y trascendente, que siguió a su conversión al catolicis-

mo. Sin embargo, por lo que se explica en el prólogo, los motivos de esa especie de amargura tendrían que ver con aspectos de su vida matrimonial. Quizá por eso, en vez de forzar la caricatura acaba haciendo de Tony lo más sensato y digno del reparto.

Un imposible petimetre que, a pesar de haber sido educado en el arte de la banalidad y las convenciones sociales, comete la imprudencia, en el club y pasado de copas, de hacer extensiva a los presentes una invitación para pasar un fin de semana en su casa de campo. Un ofrecimiento enunciado como de pasada y por compromiso, inmediatamente desestimado por casi todos los aludidos. Por todos menos por uno.

Y así es como, a traición, sin dejar apenas margen de maniobra ("si envías un telegrama les das menos tiempo para improvisar una excusa"), los Last reciben en Hetton Abbey a un tal



Beaver, huésped profesional y desvergonzado gorrón. Un tiralevistas que acabará levantándole a Last la mujer, la herencia y lo poco que quedaba del buen nombre familiar. Obligándolo a borrarse, literalmente, del mapa y embarcarse en una improbable expedición por el Amazonas.

M. A.

El anfitrión

El protagonista de esta comedia de Evelyn Waugh no sabe lo que se le viene encima cuando invita a un desconocido a su mansión